



Habitar las afueras: experiencia de Dios en tiempos de crisis*

Elisa Estévez

Universidad Pontificia Comillas, España

El trance existencial y creyente en el que la crisis mundial provocada por la pandemia del Covid 19 ha puesto a los hombres y mujeres contemporáneos se ha convertido en un útero en el que, sin premura, se gesta y fortalece una experiencia renovada e interpelante de Dios. En este texto nos proponemos reflexionar sobre cómo todo lo que sucede y afecta (y con ello deja profundas huellas) alcanza también al corazón, donde el Espíritu habita y se revela, moviendo interiormente a acoger y discernir la presencia de Dios, a adorarle y confesarle en el entramado desconcertante de los acontecimientos.

En esta encrucijada, con lo que conlleva de incertidumbre e intemperie, y con lo que suscita de creatividad y energías al servicio de lo humano, se abre paso una experiencia renovada de Dios, la fe confiada y esperanzada crece, se ahonda e invita a habitar las afueras cuidando la vulnerabilidad, en especial cuando esta es vulnerada. La reflexión teológica puede ofrecer en esta coyuntura excepcional, como lo ha hecho a lo largo de la historia, claves para pensar, dialogar, discernir y acompañar la experiencia de Dios, así como el compromiso por la transformación de las sociedades actuales en una *nueva creación*.

* Documento presentado por la autora en la Mesa Redonda sobre Experiencia de Dios en Tiempos de Pandemia, organizada por la Pastoral Universitaria de la Arquidiócesis de Madrid, el 26 de noviembre de 2020.

Introducción

Desde hace meses nos hemos visto sumergidos en una crisis sanitaria, económica, social, política, a nivel mundial, provocada por la pandemia del Covid, cuyas profundas huellas se dejan sentir a nivel existencial y creyente. Todos vivimos lo mismo y a la vez con impactos muy desiguales. Las circunstancias socioeconómicas, políticas y los contextos –bien lo sabemos– influyen en los padecimientos y en su intensidad, así como en el modo de gestionar los condicionamientos y consecuencias que se derivan.

Estamos inmersos en una crisis existencial y de fe, con interpretaciones semejantes o bien diferentes, como también lo son las actitudes con las que se afronta: reconocer, negar, evitar, protegerse, aislarse, comprometerse, perforar la realidad acogiendo lo sagrado en ella... No hemos elegido esta crisis; nos ha sobrevenido afectándonos profundamente¹ y generando gran sufrimiento, trastocando nuestras vidas: enfermedad, muerte, pérdidas de familiares y amigos sin poder despedirse, empobrecimiento, crisis alimentaria, desempleo o dificultad para encontrar trabajo, soledad, aislamiento, desesperación, violencia intrafamiliar, recrudescimiento de adicciones, brecha digital que incrementa las desigualdades educativas, falta de esperanza ante el futuro...

Para muchas personas ha significado vivir una situación sobrevenida de exclusión extrema. Y en medio de una realidad tan desconcertante e incierta surgen brotes de humanidad solidaria que ampara y cuida con generosidad en las afueras y de resistencia creativa frente a la adversidad².

Lo que está sucediendo desde hace meses *nos afecta* y en muchos momentos incluso *nos ha sobrepasado*. Según las circunstancias, según las propias creencias y patrones de comportamiento se van procesando las resonancias de esta crisis, cuyas huellas se perciben en el cuerpo, las emociones y los pensamientos. Poco a poco se van tejiendo “relatos” para decirnos quiénes somos en eso que vivimos, con los que damos significado y sentido a nuestras vivencias cotidianas.

En las conversaciones cotidianas y en los diálogos en profundidad salen a la luz las preguntas que inquietan, los pensamientos que rondan, las emociones y sentimientos que perturban y desasosiegan: miedo, inseguridad, angustia, incertidumbre,

¹ Kasper, “El coronavirus como interrupción: suspensión y salida”, 18.

² “Hay un significado de las afueras... La condición del significado es la intemperie, y el significado mismo, el movimiento de amparar la vida de las personas. La intemperie y la disgregación de las afueras llevan a la resistencia y al amparo, pero he aquí que ambas no buscan preservar un tesoro incólume, sino cuidar la vulnerabilidad del ser humano, que es, además, presencia generadora. Se ampara la vulnerabilidad por ella misma, pero también se resiste con vistas a la generación y a la generosidad” (Esquirol, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, 90).

impotencia, tristeza, rabia, indignación³; también salen a la luz aquellos que dan sosiego y amplitud: alegría, amor, aceptación, confianza, disfrute.

Lentamente, cada persona va metabolizando tanto sufrimiento y desconcierto, y toma conciencia del trance existencial en el que la pandemia ha puesto a hombres y mujeres en los distintos contextos. Además, las rupturas y heridas sufridas suponen una fuerte interpelación a la fe, que se necesita elaborar y explicitar.

En el presente texto nos preguntamos cómo nos *afecta lo que está sucediendo*, que también *nos traspasa*⁴: es decir, alcanza al corazón, allí donde el Espíritu habita y se revela, moviendo interiormente a acoger y discernir la presencia de Dios en esta crisis, a adorarle y confesarle en el entramado de los acontecimientos –también cuando aparecen descoyuntados–, y a responder como discípulas y discípulos del Resucitado.

La pandemia nos ha llevado a espabilar el oído y a escuchar de nuevo a Dios penetrando el silencio y la noche del sufrimiento. Este trance existencial en el que la pandemia nos ha situado ha sido –continúa siéndolo– un útero en el que sin premura se gesta y alumbra una nueva experiencia de Dios. Se tejen nuevos significados y se descubren, redescubren y fortalecen caminos de compromiso con nuestras sociedades, así como cambios en la forma de relacionarse con la naturaleza. La fe no es coraza, ni refugio, ni confort, ni un repliegue sobre sí mismo; es encarnación en la complejidad de lo real, gestando el sentido, asumiendo “la intranquilidad definitiva a la que lo conduce el Evangelio”⁵, reconociendo el rostro de Dios en cada persona y cada situación, por dolorida y maltrecha que esté.

El desafío es descubrir la presencia real y escondida de Dios: ahora es tiempo favorable, día de salvación (2Co 6,2); pero para ello se necesita aprender o reaprender a hacer el camino al corazón, no eludiendo ni ignorando o devaluando lo que *nos afecta en eso que sucede*. La vida, con toda la densidad existencial que está teniendo, es oportunidad, como dice el papa Francisco, para “restablecer el rumbo hacia Dios y hacia los demás”⁶, para comprender y repensar desde la fe la recreación de las identidades personales y colectivas, así como los proyectos de “vida buena” (*eudaimonia*) que entre todos queremos impulsar. Dios se hace presente no solo *a través de* lo que acontece, sino justamente *en* ello, también *en* nosotros mismos afectados por la realidad. El reto

³ Cada vez más se reflexiona sobre las consecuencias que la pandemia está dejando en la de la salud mental.

⁴ Lola Arrieta (Equipo Ruaj Acompañamiento) ha acuñado una triple formulación en este sentido: *lo que pasa, nos pasa y nos traspasa*. Esta clave aporta mucha luz para ahondar y desplegar una espiritualidad de encarnación.

⁵ Muller-Colard, *La intranquilidad*, 62.

⁶ Francisco, “Bendición *Urbi et orbi*. Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia (27 de marzo de 2020)”.

es, por tanto, ser plenamente humanos, vivir integrada y unificadamente, dejándose vivificar por el Espíritu⁷.

En esta encrucijada existencial y creyente, con lo que conlleva de incertidumbre e intemperie, y con lo que suscita de creatividad y energías al servicio de lo humano, es importante generar espacios de palabra compartida, para otear el horizonte y descubrir nuevas avenidas de lo humano, o poner de manifiesto aquellas apenas transitadas, pero preñadas de ese *saber no sabido cargado de significaciones*⁸; lo es igualmente para identificar y nombrar los *puntos de orientación* que hacen posible, con humildad y osadía, tejer con otros mimbres el proyecto de humanidad que queremos. Se hace necesario ahondar juntos y cultivar una mirada creyente, ser comunidad que *espabila el oído cada mañana para escuchar su Palabra* (Is 45,4) en el zarandeo desconcertante de los acontecimientos y reconocer a Dios en la humanidad maltrecha⁹.

La crisis del coronavirus nos ha arrancado de las propias seguridades y certezas. Un sentimiento de extrañeza nos ha atravesado. Lo queramos o no, nos ha puesto “en salida” y ha desencadenado procesos cuando –pasado el primer impacto– se ha tomado conciencia de la huella interior que dejaba, de lo que *tocaba y conmovía* hondamente, y poco a poco se iba procesando a diferentes niveles de profundidad, en soledad o en compañía. Esta crisis existencial y creyente nos ha movido y removido fuertemente, y a medida que se escucha, se va afinando la capacidad de ir percibiendo y nombrando desde la fe el mensaje de significado y sentido que alumbra para cada uno o cada una, para nuestras sociedades y para nuestras comunidades cristianas. La relación con Dios crece en una urdimbre nueva.

Desde la fe se hace posible reconocer que, en esta larga travesía por el desierto, *Dios está aquí y no lo sabíamos* (Gn 28,16); pero su presencia está también escondida y no se desvela a una mirada superficial, sino a quien escucha los rumores de transcendencia que pueblan cada realidad y mueven a responder, confiando, amando y esperando. En los intersticios que quedan entre el sufrimiento, el miedo, la incertidumbre, por *un lado*, y el amor, la entrega en libertad, la confianza esperanzada y el compromiso, por *otro*, se abre paso la experiencia de la presencia restauradora de

⁷ “Es esencial vivir nuestro ser íntegro, nuestros tres componentes [cuerpo, alma o psique, espíritu o corazón] sin descuidar ninguno, y dejando obrar libremente al Espíritu, pues su función es unificarnos” (Pacot, *Evangelizar lo profundo del corazón. Aceptar los límites y curar las heridas*, 19).

⁸ Zambrano, *El pensamiento vivo de Séneca*, 11.

⁹ En este texto, mis reflexiones se han ido entretejiendo con la palabra de muchas personas, a quienes agradezco haberme dejado entrar en *su tierra sagrada* y experimentar como el vínculo de la fe une y entrelaza con fuerza, ofreciendo suelo, raíces, y también horizonte.

Dios que *acoge, sostiene y alienta* en la fragilidad, que *envía* en libertad y confiere la *responsabilidad* de ser mediación de su amor curativo para cada persona.

En este contexto de crisis, al ir atravesando los diferentes niveles que constituyen al ser humano (cuerpo, psique, espíritu), nos preguntamos: ¿Cómo ha resonado en el corazón todo lo que ha ocurrido en este dilatado tiempo de pandemia? ¿Qué *oportunidad de gracia* se descubre al mirar la realidad con los ojos de la fe? ¿Qué rostro de Dios se desvela en estas circunstancias y qué claves nuevas sostienen la experiencia creyente?

Al ponerse a la escucha emergen numerosos testimonios de hombres y mujeres que hablan de una experiencia de Dios encarnada, contemplada, amada y servida en la situación de crisis que alarga sus brazos también al presente: “los huesos secos” reciben aliento de vida vivificando todas las zonas del ser, los sentidos son evangelizados, y ante tantas heridas, las manos, los pies, la cabeza, se movilizan, como el buen samaritano, ofreciendo “el aceite del consuelo y el vino de la esperanza”¹⁰.

En esta difícil travesía se va abriendo paso, con dolores de parto, una gran experiencia de consolación: “Todo está habitado por Dios”, todo es lugar de cita y de unión con él, y de manera singular, los cristianos pueden reconocer –muchas veces en medio del lamento y la protesta, como la de Job– su abrazo de amor en lo más maltrecho y dolorido de nuestra humanidad.

De manera paradójica, la fe regala la posibilidad de descubrirle como presencia en la ausencia, cercanía en la lejanía, vida en la muerte, unidad en la fragmentación, comunión en la soledad; pero para ello se necesita primero “dar un paso atrás”, como Moisés ante la zarza ardiente, porque se toca el misterio, la absoluta alteridad de Dios, su santidad presente en todo y en todos, sobre todo, en la carne dolorida y en el espíritu abatido.

Solo después se hace posible “dar un paso adelante” y aproximarse, reconociéndole sin manipularle ni acomodarlo a nosotros mismos, sino acogiéndole y resituándose como discípulos y discípulas que piden que se les desvele la Palabra en las palabras y hechos de este presente, sin anteponerse, ni adelantar el paso y, así con él, reemprender la marcha sembrando vida en la vida¹¹.

La primera etapa de la pandemia trajo consigo la dura y larga experiencia de confinamiento en las propias casas que, para numerosas personas creyentes se convirtieron en una atalaya abierta a la realidad –como lo fue para Judit (Jdt 8,5-9)–, desde donde escuchar en profundidad, adentrándose en el espesor de la vida y descubriendo el

¹⁰ Conferencia Episcopal Española (confirmada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos), “Misal romano”, Prefacio común, VIII.

¹¹ García, *Ventanas que dan a Dios. Experiencia humana y ejercicio espiritual*, 22.

paso de Dios en el desconcierto, la desolación y el sufrimiento (para muchos, extremo), en la ambigüedad y la oscuridad de lo que estaba sucediendo.

En el silencio y en la soledad *poblada* (Dt 32,10) se iba haciendo posible recuperar la hondura del ser en el encuentro con el misterio, penetrar en la profundidad de la realidad transfigurada por el amor, y disponerse libre y con humildad eficaz a colaborar en lo real posible. En ese silencio se escuchan los aullidos en tierra desértica, las voces solidarias y cálidas, los gritos de dolor, las palabras sanadoras que tienen la fuerza de despertar energías liberadoras, las “muertes” desgarradoras y los gestos que alientan la vida que brega por abrirse paso en medio del sufrimiento y la desesperanza.

Para muchos creyentes, este trance existencial les adentró en caminos de contemplación, y los llevó a despertar y cultivar la atención alerta y vigilante al paso de Dios en medio de la historia, con sus sombras y luces. Ese espacio liberado –aunque no elegido– se transformó en ámbito de comunión que alienta al compromiso transformador, según las propias posibilidades, de maneras plurales y diferentes, casi todas en lo pequeño, en lo cotidiano.

Del exilio de nosotros mismos a habitar la propia interioridad

Al llegar el coronavirus nos encontró inmersos en estilos de vida marcados por la “instantaneidad” y el *zapping*, que dificultan hacer experiencia de durabilidad y permanencia, que deterioran el ejercicio de prestar atención al tú diferente y banalizan lo cotidiano en busca de nuevos estímulos y experiencias siempre “frescas”. Irrumpió en unas sociedades tecnológicas –al menos, en algunas partes del mundo– que favorecen las conexiones múltiples, pero conducen a una “extraversión” difícil de manejar y llevan a engancharse a veces en adiciones que van deteriorando el tejido humano¹², donde el tú pasa desapercibido, desatendido y llega a ser indiferente o una presencia molesta de la que hay que defenderse.

La pandemia nos está dando la oportunidad de pasar, de padecer la atrofia de unos sentidos narcotizados, a “acostumbrar los ojos a mirar con calma y con paciencia” y “aprender a no formular juicios precipitadamente”¹³; de vivir en la cultura del espectáculo, la rapidez, el entretenimiento y la recompensa inmediata, a tener tiempo para *contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro, cuantas veces sea necesario*¹⁴; y “regresar

¹² Martínez, *La cultura del encuentro. Desafío e interpelación para Europa*, 67.

¹³ Nietzsche, *El ocaso de los ídolos*, 95.

¹⁴ Francisco, “Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (2013)” 169.

a nosotros después de habitar las miradas de otros” (Hopenhayn)¹⁵; de malvivir con horarios acelerados y sobrecargados, a comenzar a apreciar la lentitud, el silencio y la soledad¹⁶. Para los cristianos ha significado la oportunidad de volverse hacia el Dios de entrañas de misericordia que en su abrazo de amor sostiene y alienta cada día, y toma rostro en la escucha y la mirada atenta, limpia, honda y generosa.

El silencio –todos recordamos las ciudades acalladas y vacías– se convirtió en un útero donde podía alumbrar, con dolores de parto, la Palabra. El silencio se hizo espacio abierto donde encontrarse con Dios, “eterna novedad”, y aprender a reconocer su rostro alumbrando *en el corazón de una humanidad que descubre la fragilidad ante el dolor y, a la vez– la fuerza de la fraternidad como única vía de salvación*. En la soledad resonó de nuevo con vigor la invitación a volver los ojos una y otra vez a los pobres, rostro del Cristo pascual.

La tragedia del Covid nos ha silenciado: este es un silencio, para muchos, desconocido y no siempre fácil de acoger con paz, pero que ha horadado nuestras personas liberando espacio para la escucha y la contemplación. La vida cotidiana, antes apenas percibida y valorada, ha cobrado gran relevancia como lugar de revelación y de encuentro con Dios¹⁷. Descubrimos la necesidad de una lenta cura para lo profundo, que haga posible la resonancia; porque si bien Dios nos espera en el interior de la vida, con toda la densidad existencial que tiene esta etapa, no es menos cierto que podemos estar sordos y ciegos a su presencia.

En estos meses, para muchas personas, del silencio ha renacido o se ha intensificado la sed de Dios, del agua viva, que pone en situación de dar el salto de las necesidades sentidas (materiales, psicológicas) a una reestructuración personal que tiene su punto de partida en la acogida del Dios de la vida, el único que puede apagar esa sed, y que orienta hacia nuevos ámbitos de realidad y de construcción de la existencia en relación y en comunión con Dios. En el silencio se ha redescubierto la relación con él, mirando y recibiendo su mirada, gustando la soledad habitada, sabiéndose con él, y a él con cada cual, acogiendo el misterio.

Del silencio han brotado también palabras de súplica, lamento, intercesión, agradecimiento... El ser humano se ha visto cara a cara con Dios, y la oración se ha llenado de rostros, situaciones, sentimientos, experiencias propias o ajenas, cercanas o lejanas... Han germinado palabras y se han pronunciado gritos desgarradores; y

¹⁵ Tubino, “Entre el multiculturalismo y la interculturalidad: más allá de la discriminación positiva”, 51-76.

¹⁶ Estévez, “Mirar el mundo con los ojos de Dios. Cristianos contemplativos”, 47.

¹⁷ “Sin resonancia uno se ve repelido y se queda aislado en sí mismo” (Han, *La desaparición de los rituales*, 23).

en este movimiento, se abría paso la necesidad de la escucha desarmada para acoger al Viviente que en el Hijo se revela abrazando y asumiendo toda realidad humana, convirtiendo la existencia humana, y de manera singular, la más dolorida, en lugar de salvación y de encuentro con él. Tantos así lo atestiguan.

Desde el lado oscuro de la vida se ha suplicado verse libre de lo que aniquila, haciendo probar el amargo sabor de la muerte, y del sin sentido que amenaza con romper la vida. Se ha implorado integrar lo que humanamente es incomprensible, porque lo que se desea y se busca es hacer experiencia de salvación aquí y ahora. Esta petición no se hace porque Dios desconozca el sufrimiento, sino porque de esa manera el orante –nos enseñan los salmos– eleva su espíritu hacia él y se vincula con quien es su fuerza, su luz, su salvación; no busca una transformación mágica de la situación que le aflige, ni manipular a Dios, sino que actualiza en el encuentro con él la experiencia de que el mal no tiene la última palabra: “Ciertamente, no abandonarás mi vida al *sheol*, ni dejarás a tu fiel ver la fosa” (Sal 16,9).

En estos meses se ha abierto también un espacio para la intercesión, confiando de manera particular a Dios a todos los que padecen y sufren, con la certeza de que él los ama y los cuida con entrañas de misericordia.

Además, cuando arrecia el sufrimiento, la sensación de impotencia, la angustia, los creyentes, para seguir siéndolo, necesitan recurrir a Dios de la única forma posible en esas situaciones: preguntándole y pidiéndole explicaciones, incluso con enfado, lamentando en su presencia la situación por la que pasan y quejándose amargamente de ella. En estos momentos se corre el riesgo de orar en las tinieblas silenciosas, persuadidos de ser escuchados siempre, aunque la situación no cambie inmediatamente y las respuestas no se puedan razonar ni comprender en toda su hondura. Esta oración de lamento, dirigida con confianza a Dios, es profundamente reparadora y restauradora. En este *kairós* que representa la crisis del coronavirus muchos creyentes han hecho suya la oración de Job¹⁸; no se han refugiado en un Dios mejor, sino han consentido en permanecer en la noche, en el abismo, y han dialogado con él, protestando, a la vez que tomándole como su defensor.

Y en medio de la adversidad han alumbrado palabras de agradecimiento al reconocer el rostro sanador de Dios en gestos de entrega, solidaridad, bondad, ayuda

¹⁸ “En el corazón de la noche, en lo más profundo del abismo, Job, que trata a Dios como enemigo, no apela a una vaga instancia superior ni al Dios de sus amigos, sino a ese mismo Dios que lo atormenta. Job se refugia en el Dios a quien acusa [...] confía en el Dios que le ha decepcionado y desesperado [...] confiesa su esperanza y toma por defensor a aquel que lo somete a juicio, por liberador a aquel que lo aprisiona, por amigo a su enemigo mortal” (R. de Pury) (Gutiérrez, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*, 170).

mutua, respaldo; al saberse regalados con personas con quienes compartir la vida; al sentir cuánto fortalece la fe; al valorar la cotidianidad como regalo que tantas veces se pierde por estar absortos en sí mismos; al recibir el testimonio de tantos profesionales entregados con una humanidad y profesionalidad; al hacerse conscientes de cuanto se tiene, con la urgencia de compartir y salir al encuentro.

Esas palabras de agradecimiento descentran y abren a Dios que *desciende* “hasta el extremo de la noche y de la muerte”¹⁹, y en su abrazo *sufre con la humanidad y cuida con solicitud*, acompañando la difícil travesía; esas palabras de agradecimiento conducen a autotranscenderse, a “rebasarse” a sí mismo, de manera tangible y concreta, reconociendo y valorando los gestos de tantos hombres y mujeres, encarnación del amor sanador de Dios.

El desafío actual, y todavía con un largo camino por delante, es permanecer, sostener pacientemente los tiempos, que no son nuestros, pero son los del momento; permanecer con la confianza y la esperanza que nacen de él; permanecer activamente, no solo a la espera de que esto termine, sino tratando de acoger lo que sigue pasando, ayudando a otros a sostener y vivir esta larga etapa.

De la vulnerabilidad a saberse criaturas habitadas, amadas y sostenidas

“Esta crisis –afirma Innerarity– no es el fin del mundo, sino el fin de *un* mundo. Lo que se acaba (se acabó hace tiempo y no terminamos de aceptar su fallecimiento) es el mundo de las certezas, el de los seres invulnerables y el de la autosuficiencia”²⁰. “...el virus –según Kasper– ha puesto en cuestión el sentimiento burgués de seguridad”²¹. Esa falsa seguridad que parecía, al menos en contextos occidentales y acomodados, al alcance de un “clic” o del logro de la felicidad narcisista, labrada de consumo y de confort psíquico, armonía interior y plenitud subjetiva²², o que llegaba de la mano del éxito y la utilidad mercantilista de cosas y personas, o al hilo de ritmos acelerados y de autoexplotación en la sociedad del rendimiento²³.

¹⁹ Von Balthasar, *Solo el amor es digno de fe*, 17.

²⁰ Innerarity, *Pandemocracia. Una filosofía de la crisis del coronavirus*, 42.

²¹ Kasper, “El coronavirus como interrupción: suspensión y salida”, 24.

²² Lipovetski, *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*, 7-10.

²³ La tempestad vivida en esta pandemia ha desenmascarado “cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad” (Francisco, “Bendición *Urbi et orbi*. Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia (27 de marzo de 2020)”).

La pandemia ha despertado bruscamente a la humanidad de su sueño de omnipotencia, y hemos descubierto, como Adán y Eva, que estamos desnudos. Lo que para algunos se ha podido interpretar como condena o vergüenza que hay que cubrir cuanto antes, para los creyentes pone en valor la condición de criaturas amadas en mano de su Creador y criador y llamadas a la comunión con él. Cuando el ser humano se ha enfrentado a las terribles consecuencias históricas (sanitarias, sociales, económicas, políticas) de esta pandemia, se ha reavivado y ha prevalecido la experiencia de ser criaturas, y la confianza que de ahí nace²⁴.

En la adversidad y cuando la incertidumbre amenaza con socavar la confianza y la esperanza, se comienza a redescubrir al Dios creador que ama y permanece sustentando lo creado, que no abandona nunca (“los vistió”, Gn 3,21²⁵) y que está como presencia amorosa y aliento permanente, porque todo cuanto existe debe su existencia a su voluntad creadora (Sb 11,24-25). Se fortalece la confianza en que Dios es el buen pastor que acompaña y guía a sus criaturas a través del desierto y de la noche a tierra de “descanso” y “paz”, a una experiencia de “recreación”,²⁶ reparando las fuerzas y haciendo escuchar el sonido de su cayado que sosiega en medio de las sombras de muerte (Sal 23,1-4). Abrirse a la experiencia de recibirse de quien comunica su aliento de vida (Gn 2,7) genera un movimiento de éxtasis, de donación.

En este tiempo la provocación es a *recibirse* de Dios y, por consiguiente, llama a dejar entrar a los otros en la propia morada, a *ad-mitir* y *per-mitir* que entren, a no cerrarse al advenimiento, y desplegar más generosidad, más cuidado, más amparo²⁷.

Además, en esta crisis global se han dado condiciones de posibilidad para ahondar en el amor de Dios a sus criaturas más vulnerables. Al preguntarnos dónde estaba en tanto sufrimiento, se ha hecho reconocer y escuchar en su abrazo a sus criaturas, entrañándose con lo más dolorido, lo más vulnerable y lo más negativo,

²⁴ Algo así, aunque en un contexto muy diferente, les sucedió a los que sobrevivieron a la terrible catástrofe del exilio. Durante el exilio y postexilio se nutrieron de una experiencia primordial y radical de confianza: ser criaturas vinculadas con su Creador, y los pequeños signos cotidianos de vida fueron la garantía de que Dios no los había abandonado y seguía apostando por mantener la alianza con ellos (Alberz, *Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento*. Vol. 2. *Desde el exilio hasta la época de los Macabeos*, 510-528).

²⁵ Gesto exquisito de cuidado del Dios creador hacia la primera pareja que ha rechazado la hospitalidad de Dios.

²⁶ La idea de “recreación” (Sal 23,3) se deduce de la conjugación Polel del verbo *shûb* (Aparicio, “Lectura espiritual del Salmo 23. Yahveh, pastor y anfitrión”, 304).

²⁷ “Saber recibir [...] es la primera virtud del dar [...] Todo viene de *emitir* (*mittere*), que significa ‘enviar’. *Ad-mitir* y *per-mitir* son variaciones del dejar llegar. *Ad-mitir* es ‘dejar venir, dejar entrar lo que viene, no cerrarse al advenimiento’. Admitir viene a ser una generosidad humilde que lleva a más generosidad” (Esquirol, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, 19-20).

tomando como propio nuestro barro quebradizo. “No existe soledad, ni rechazo que él no haya cargado sobre sí en la cruz de Jesús... El abandonado por Dios y el rechazado puede aceptarse a sí mismo donde reconoce al Dios crucificado, que está con él y ya lo ha aceptado”²⁸. Esta es la esperanza sin igual que abre el amor de Dios en Cristo y al amor que nos sostiene como humanidad, acogiéndonos y sosteniéndonos.

El *kairós* en esta crisis es consentir que se geste y fortalezca la certeza de “ser criaturas habitadas”, “fragilidad en esperanza”, que él recrea y restaura con la fuerza de su misericordia (2Co 12,10). Desde esta experiencia radical no se huye de la vulnerabilidad, sino que encamina a la confianza de quien se sabe sostenido, a la vez que conduce a tejer una red de “casas”, de “refugios”, donde resistir, amparar y cuidar la vulnerabilidad de los demás y la propia²⁹. Por estar habitada por Dios, toda vida es sagrada, sacramento de su presencia, ámbito de revelación desde el que nos ofrece su amor y hace llegar su llamada.

Al saberse criatura, el ser humano recupera –y ojalá no caiga en el olvido– que “nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, para que la humanidad renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado”³⁰.

Tú eres mi roca, mi baluarte, mi ciudadela (Sal 62)

El miedo, la angustia y la desesperación llevan a vivir en la angostura y a experimentar cómo el ánimo se debilita (Sal 142,3-4), pudiendo llegar a paralizar y confundir, resquebrajando la confianza, abortando la confianza en el futuro. En esta megacrisis se ha hecho necesario atravesar ese desierto y desde la fe ha ido brotando y afianzándose la experiencia de quien da suelo realmente. En medio de la tempestad, Dios emerge como roca que sostiene y certeza que mantiene en pie, certeza de su amor y su presencia, experimentada en el encuentro con él y con quienes han sido y son mediación de su amor. Frente a la inconsistencia y la desorientación, Dios es fidelidad inquebrantable que da suelo y arraigo, soporte y sostén, tierra segura en la apoyarse y seguir caminando.

¿Cómo vencer al miedo? ¿Cómo no quedar atrapados por la angustia? Es experiencia largamente atestiguada por la Escritura (y escuchada en el corazón de

²⁸ “El hombre es incorporado sin limitaciones ni condiciones a la vida y pasión, a la muerte y resurrección de Dios, participando en la fe corporalmente de su plenitud. No hay nada que pudiera excluirlo de la situación de Dios entre el dolor del Padre, el amor del Hijo y el impulso del Espíritu” (Moltmann, El Dios crucificado, 397).

²⁹ Esquirol, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, 47-48.90-91.

³⁰ Francisco, “Carta encíclica *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (2020)” 35.

tantos hombres y mujeres en esta pandemia) que Dios escucha y responde, ofreciendo una palabra efectiva y performativa: “no temas” (*'al tirā*)³¹, palabra de consuelo y de ánimo, que da claves para reinterpretar la realidad, avivar la confianza y la esperanza, y despertar energías para el camino.

Al recibir esa palabra, quien está atrapado en el miedo puede mirar con ojos diferentes el peligro y encontrar en su interior la capacidad de enfrentar el temor, atravesarlo y disponerse a actuar. Y este sentimiento de profunda seguridad y liberación acrecienta la confianza con realismo esperanzado.

Ese modo nuevo de experimentar la realidad rompe con la sensación de impotencia que atrapa y puede destruir, y rompe el hechizo de la soledad. La certeza de una presencia más grande y fuerte que la misma amenaza, mayor incluso que el miedo, permite atravesar sin daño lo que de otro modo aterrorizaría con su potencia destructiva; fortalece la confianza y activa todas las capacidades para implicarse en la transformación de lo que daña.

No desaparece mágicamente el mal, ni lo que causa tanto sufrimiento; no deja de padecerse la incertidumbre, pero hay un tú que está al lado (“yo estoy contigo”: Jr 46,48), cuya presencia liberadora y salvadora reaviva la confianza y la esperanza, y desactiva el temor o el pánico porque el peligro no tiene la última palabra.

Quien dice “no temas”, agarra y sostiene con su diestra salvadora (Is 41,13; Sal 137,7-8), es “escudo” que defiende (Gn 15,1), camina delante y puede vencer el mal (Dt 1,29-30), es capaz de conjurar el peligro, y es más poderoso que el mal y garantía de liberación, porque el mal no prevalecerá (Jos 10,8); además, Dios es principio de creación y creatividad, que hace posible la vuelta a la vida (Is 54,2-3).

Caminar en esperanza

El coronavirus golpeó en sociedades ya heridas de sufrimiento e injusticia, golpeadas por la crisis financiera mundial, el empobrecimiento radical de poblaciones enteras, la violencia cotidiana, las guerras, el descuido consentido y programado del planeta tierra, etc. Estos eran profundos “socavones” que se alzaban como un desafío enorme para reconstruir la esperanza en tiempos de desesperanza, además, en sociedades hedonistas y consumistas que *parcializaban* y *ocultaban* peligrosamente el *pleno* sentido de la felicidad, y confundían la esperanza con la satisfacción inmediata.

³¹ La exhortación puede dirigirse a una persona o a un colectivo en una situación de peligro objetivo, o en un estado de inquietud y temor subjetivo (Costacurta, *La vita minacciata. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica*, 257-277).

La pandemia ha sido un duro golpe para la esperanza y es necesario desandar los caminos que desorientan, sin confundirla con “esperar que” determinados acontecimientos o bienes respondan a las concretas necesidades o deseos del ser humano, o que –en expresión del Sal 146,3– “gente poderosa” o “simples mortales”, puedan salvar; o “esperar que” esa felicidad y plenitud se ajuste a la propia finitud o se alcance por medios humanos. La esperanza cristiana es “esperanza en alguien”: “Mi esperanza está en ti” (Sal 39,8). Esta actitud teologal “demanda a Dios mismo”, a la vez que sitúa al cristiano en itinerancia y provoca a ser hombres y mujeres “desplazados”.

En este tiempo la incertidumbre se ha hecho compañera de camino, a veces sentida como peso y oscuridad. Sin embargo, contiene también una oportunidad: aviva el sentido del peregrinaje como estilo de vida y lleva a una inserción paradójica en la historia, subvirtiendo dinámicas e invitando a vivir una “ciudadanía del Cielo” (Flp 3,20) que aquí y ahora muestre un estilo de vida semejante al de Cristo (Flp 2,5).

¿Quién nos separará del amor de Dios? (Rm 8,35)

La esperanza se ha puesto a prueba en estos largos meses de dificultad, sufrimiento y dolor, y ha sido necesario avivarla y comunicarla. El futuro ha mostrado su rostro más inquietante y en más de un momento ha llevado a sentir la aflicción, como quien no tiene “ni esperanza ni Dios” (Ef 2,12; cfr. 1Ts 4,13); y, con todo, en la desesperanza se va haciendo posible roturar nuevos caminos de fe, amor y esperanza, afianzados en la Palabra, lámpara y luz en el camino (Sal 119,105).

La crisis del coronavirus ha movido a reavivar y cultivar la esperanza; pero no cualquiera, sino la que se sostiene en la certeza absoluta del amor incondicionado y sin medida de Dios, quien nos sigue amando, siempre y en toda circunstancia por terrible que sea, hasta el extremo y el total cumplimiento:

Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro. (Rm 8,38-39; cfr. Jn 13,1; 19,30)

El papa Francisco nos lo recordaba el 27 de marzo de 2020:

...tenemos un ancla: en su cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor.³²

³² Francisco, “Bendición *Urbi et orbi*. Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia (27 de marzo de 2020)”.

Es tiempo de ejercitarse en la esperanza de que somos amados, suceda lo que suceda; de que Dios ha mostrado todo su amor a la humanidad en la encarnación, muerte y resurrección de su Hijo (1Jn 4,8; 3,16); y de que su fidelidad y su amor firme e inquebrantable (1Co 1,9; Hb 10,3) nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por naturaleza es imperfecto³³.

Dios cuenta con nosotros

En este largo tiempo de crisis la llamada es a crear y comunicar esperanza desde la experiencia creída y vivida de un Dios que se compadece de todos porque todo lo puede (Sb 11,23); la invitación es a mostrar, en acciones concretas, grandes o pequeñas, el rostro de Dios *Padre* quien, ante el hijo que sufre, corre, abraza, cubre de besos y lo resguarda en la casa, preparando para él un banquete (Lc 15,11-31); a mostrar la presencia de *Dios encarnado* quien, como hermano, se abaja para lavar los pies (Jn 13) y no duda en visitar la cárcel, vestir y atender toda necesidad (Mt 25), quien es buen pastor que da la vida por las ovejas y sale a buscar la que estaba perdida; a mostrar que el aliento de su *Espíritu* —que es fuerza— infunde vida en “los huesos secos” (Ez 37,4) y envía al mundo a continuar las obras de Jesús.

Dios tiene esperanza en el ser humano, tiene fe en el mundo, que es obra de su amor³⁴. No se cansa de confiar en nosotros y, cuando se topa con la cerrazón, la fragilidad o el pecado, abre sin cansarse caminos en la estepa y renueva su alianza haciendo nuevas todas las cosas (Ex 34,9-10; Ap 21,5). Al hacerse uno con nosotros, la historia humana se ha convertido en historia de Dios, en una historia de amistad ofrecida en libertad que, por ello, puede acogerse o rehusarse.

El Dios de la creación, de la alianza y de la encarnación, espera del ser humano: le ha encargado una misión y le ha otorgado confianza sin forzar su libertad. Dios deja el mundo en nuestras manos, nos necesita, cuenta con nuestro quehacer y espera de nosotros, de cada uno, de cada una, con nombre propio y singular. Toda persona es valiosa a sus ojos; nos confía una misión y nos reconoce como colaboradores y colaboradoras suyos, dignificándonos de manera asombrosa.

Quien vive de esa esperanza (Dios espera de mí, confía en mí, cuenta conmigo) comprende y acoge la existencia divina como donación, *haciéndose cargo, cargando y encargándose* de la realidad, de cada persona, de todo y de todos. No hay lugar para la irresponsabilidad o la exculpación.

³³ Benedicto XVI, “Carta encíclica *Spe salvi* sobre la esperanza cristiana” 31.

³⁴ González de Cardedal, *Raíz de esperanza*, 247-273.

¿Por dónde pasa en esta crisis reconocerse como “esperado/esperada de Dios”? La oración del papa Francisco en la plaza vacía, en marzo de 2020³⁵, ha resonado con fuerza en el corazón de los cristianos: estamos en la misma barca “frágiles y desorientados” y nos necesitamos. En esa oración latía la llamada a ser familia y a cultivar una esperanza solidaria, porque la esperanza solo es verdadera cuando es co-esperanza: la llamada a *esperar con los otros* en ese espacio común donde cada uno es *responsable* de los demás y *rebén* de su destino³⁶ se ha colado como semilla llamada a germinar y fortalecerse. No hay más futuro que el que seamos capaces de alcanzar con los otros y para los otros: “...no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos”; “nadie se salva solo”³⁷.

De manera particular la pandemia ha desenmascarado con crudeza las fracturas sociales, económicas y políticas (“patologías sociales”). Ha mostrado “sin maquillar” las desigualdades injustas en el acceso a la educación, las fallas de los sistemas sanitarios desatendidos y desmantelados, los intereses de unos pocos que causan pobreza, los daños causados en la naturaleza, la manipulación de la verdad al servicio de los propios intereses, etc.

Por eso, esperar con otros solo es creíble cuando esperamos con quienes sufren y están en las cunetas sociales. El desafío de este presente supone asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que también llegue a ser nuestro; com-padecer, no como emoción efímera, sino como ofrecimiento humilde, concreto y tangible de la propia vida, y gastarse en apuestas con quienes están en *las afueras de las afueras* (es decir, cuando los límites de la condición humana han sido especialmente vulnerados), aunque no haya muchas perspectivas de éxito.

También en esas *afueras de las afueras* conviven, junto con la muerte, la vida, la exclusión y la inclusión, la vulnerabilidad y la creatividad... Por eso, además de esperar con otros, en este tiempo necesitamos aprender a regalar especialmente a quienes están más maltrechos y desesperados, la experiencia de que alguien espera y confía en ellos. Esto significa correr el riesgo de hacer juntos mesa compartida, co-implicarnos con ellos, con paciencia y humildad, en la transformación de la historia, aguardando en comunión un futuro mejor, una historia distinta, una nueva creación.

³⁵ Francisco, “Bendición *Urbi et orbi*. Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia (27 de marzo de 2020)”.

³⁶ Martínez-Gayol, *Esperar por otros... El desafío de esperar por los desesperanzados*, 47-80.

³⁷ Francisco, “Bendición *Urbi et orbi*. Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia (27 de marzo de 2020)”.

Convertirse en “personas desplazadas”

La esperanza lleva a mostrar con hechos la resistencia a unos estilos de vida que *dislocan, hieren y disgregan* al ser humano, causando sufrimiento y muerte, y a afirmar, en cambio, otros que regeneran la vida y la sostienen, expresión de una ciudadanía diferente: “...si habéis resucitado con Cristo, buscar las cosas de arriba” (Col 3,1-2).

Ser testigos de la vida nueva que se nos ha dado y del peregrinaje en que estamos embarcados hacia “la ciudad celeste” no significa en modo alguno salir del mundo, sino justamente encarnarse y ser testigos de valores alternativos a la dominación e imposición, como son el abajamiento, el servicio y la valoración de cada persona incluso por encima de sí mismo (Flp 2,1-11), de vivir desviviéndose como única manera de afirmar el amor que hace crecer y aleja de entender la existencia como apropiación y expropiación. Frente al paradigma que representa el himno de Lamech (Gn 4,24), quien vive de esperanza y afirma la vigencia de la caridad (1Co 13), trenzada de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, perdón y comunión³⁸.

Ser testigos de esperanza en este tiempo es acoger el desafío de consentir que se tambalee la consistencia con que enfrentamos la vida, orientarnos en el acontecer cotidiano, dejando atrás y reordenando los códigos de interpretación de las cosas compartidas en la vida cotidiana (valores, actitudes, formas de actuar, de sentir y de pensar), y disponerse a desear primero e identificarse después con otros que nacen de la experiencia de comunión con Dios.

La provocación de Dios a los cristianos en esta crisis, con los sufrimientos y muertes que siguen sin parar, y las terribles consecuencias económicas, sociales, políticas, es a convertirse en “personas desplazadas”, dejando atrás la estabilidad y la seguridad que ofrecen los lugares conocidos, para adentrarse con humildad y osadía por sendas no transitadas, con una única confianza en Dios y en su proyecto de amor, encarnado en su Hijo y alentado por su Espíritu.

Esto significa recuperar la espiritualidad de la itinerancia. Esta fue el modo *propio* de vivirse Jesús y, por tanto, también es la marca del discipulado³⁹. Su itinerancia le hizo *experto en humanidad* y le permitió recrear la historia desde abajo, desde los últimos. Al ponerse en condiciones de *recibir al otro* y quedar afectado por su realidad, adquirió otra perspectiva: la de los márgenes y los marginados, que hizo libremente suya como como lugar de resistencia y creatividad. Desde ahí el Reino anunciado y vivido

³⁸ Lyonnet, “La perfección del cristiano ‘animado por el Espíritu’ y su acción en el mundo según San Pablo”, 264.

³⁹ Estévez, *Mediadoras de sanación. Encuentros entre Jesús y las mujeres: Una nueva mirada*, 195-205.

en su propia persona se transparentó en nuevas prácticas y relaciones alternativas y contraculturales, nutridas y guiadas por nuevos valores.

Es buena noticia de este tiempo que Dios llama al ser humano a entender la vida como paradoja, y ser testigo de una *extra*-ordinaria singularidad que en nada ha de confundirse con ser “superhombres” o “supermujeres”, sino que —como señala la Carta a Diogneto— muestre en la vida cotidiana “un tenor peculiar de conducta admirable, y, por confesión de todos, sorprendente”⁴⁰, como los primeros cristianos.

La fe lleva a vivir como fermento en medio del mundo. Es un modo de estar y comprometerse que afirma valores irrenunciables para el Evangelio: la justicia que brota de la fe, la primacía de los últimos, el perdón a los enemigos y la reconciliación, la renuncia al poder, la obsesión por el prestigio y el tener, al arribismo como modo de encarar la existencia, y la afirmación, en cambio, del servicio y el abajamiento, del “decrecimiento” como alternativa, y de una propuesta ascética que haga frente al despilfarro y cultive un modo de vivir sobrio, honrado y solidario con quienes tienen menos y con toda la creación (*Laudato si*), del cuidado como modo de entender la relación con los demás y con la creación, del agradecimiento frente a la cultura de la exigencia.

Experiencia de Dios encarnada como cuidado y consuelo

La megacrisis a nivel mundial ha puesto de evidencia que la interdependencia de la globalización se hizo al margen de la solidaridad, y vimos cómo inmediatamente los estados cerraron sus fronteras para protegerse⁴¹. La civilización del poder ha menospreciado la vida, no ha reconocido su profundidad y el resultado ha sido que “nos tratamos como cosas entre cosas, despersonalizados, des-subjetivados, pero, eso sí, pretenciosos y engreídos”⁴².

En este espacio desconocido, común y frágil, en el que la pandemia nos ha introducido, la invitación es a pensar el mundo de manera sistémica, aceptando “nuestra ignorancia irreductible” y “diseñando nuevas formas de protección”⁴³, abandonando “un yo —y un nosotros— tan autocentrado como monstruoso”⁴⁴.

⁴⁰ Ruiz Bueno, *Padres apostólicos*, 813-860: “Discurso a Diogneto” V, 4.

⁴¹ “La cooperación fue sustituida por la competencia, incluso en la búsqueda de tratamientos y vacunas contra el virus” (Morin, *Cambiamos de vía. Lecciones de la pandemia*, 50).

⁴² Esquirol, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, 124.

⁴³ Innerarity, *Pandemocracia. Una filosofía de la crisis del coronavirus*, 42.

⁴⁴ Esquirol, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, 124.

Frente a unos estilos de vida en los que apenas se libera espacio para ejercitar la mirada atenta, para acoger y recibir al tú diferente que camina al lado, o para *recorrer* la distancia que separa del otro u otra, y movilizar todas las energías para responder a su llamada o a su sufrimiento, uno de los *hashtags* que han circulado por las redes es *#noscuidamostodos*. El cuidado se ha redescubierto en esta crisis como valor central en la vida social. Lleva a cultivar un modo de ser y un estilo de vida atento a los demás, mueve a expresar solicitud hacia los otros y las otras, especialmente hacia quienes son más vulnerables. El cuidado dice, con obras concretas, “tú me importas”, “no paso de ti”, y es el modo práctico de expresar el amor con palabras y acciones.

En este tiempo, el Dios de la vida mueve al consuelo y al cuidado de modo especial, para que no sigamos contagiándonos de otros virus que, como el Covid, hacen mucho daño y son parasitarios, se cuelan en nuestras células y se adueñan de toda su energía, vaciándolas y dejando indiferencia, egoísmo individual y colectivo, corrupción, exclusión, violencia...

El desafío sigue siendo ser *una Iglesia en salida y cultivar una espiritualidad en salida*, es decir, vivir al aire del Espíritu, ejercitándose cada día en “detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar...”⁴⁵; caminando con “el ritmo sanador de la proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión, pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana”⁴⁶, ofreciendo “una palabra auténtica y una presencia real, con un corazón sólido”⁴⁷. Desde el inicio de la pandemia, han cobrado especial relevancia los gestos más pequeños y sencillos que afirmaban la preocupación real y concreta por el otro y buscaban lo mejor para su vida.

El cuidado que nace de haber mirado con amor y solicitud lleva a no abandonar a nadie a su suerte, sino a darle esperanza, construir sentido y velar por su calidad de vida presente. Es un imperativo moral que no admite “plazos”. Lleva en sí una *dinámica de urgencia* y no admite un “mañana” por respuesta. Tiene que ver con no privar y sí con otorgar, con no excluir y sí con incluir, con tomar consigo la realidad del otro u otra, y no pasar de largo, no cultivar una cultura de la insensibilidad.

Por eso, la ausencia de cuidado es una forma de negar el amor⁴⁸. La pandemia ha puesto en evidencia que requerimos aprender nuevas formas de cuidado de nosotros

⁴⁵ Francisco, “Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (2013)” 46.

⁴⁶ *Ibíd.* 169.

⁴⁷ Luisier, *Historias de una posada. Cartas al señor samaritano*, 101.

⁴⁸ El buen samaritano es el icono por excelencia (Estévez, “Mirar el mundo con los ojos de Dios. Cristianos contemplativos”, 41-44).

mismos, de los otros y otras, de la naturaleza, de la relación con Dios; pero, para eso, “necesitamos constituirnos en un ‘nosotros’ que habita la casa común”⁴⁹. No puede ser que, pasada la crisis sanitaria, se retomen sin más estilos de vida marcados por “la fiebre consumista” y se recaiga “en nuevas formas de autopreservación egoísta”⁵⁰.

¿Cómo ejercer el cuidado? Esta forma de amar que nace y se nutre de las entrañas compasivas de Dios lleva a no olvidarse del bien ajeno, sino a favorecer la vida de todos y todas siempre. Significa “hacerse todo para todos” (Pedro Poveda) y cultivar un modo de ser en relación que implica ser *compasivos, cariñosos, tiernos, dulces, amables, transigentes* con los demás, así como la capacidad de sacrificarse y renunciar a lo propio en beneficio de los demás.

Todavía hoy esta paradoja resulta difícil de entender y vivir. Desde la fe, la invitación a morir a uno mismo para vivir, como el grano de trigo que cae en tierra y da mucho fruto (Jn 12,24) supone la negación del yo como absoluto, el vencimiento de uno mismo. No se trata de una forma de autoalienación o negación del cuidado, estima y respeto que nos debemos a nosotros mismos, sino de entregarse por amor al tú-hermano que camina a mi lado. Es un amor que se da libremente sin que esa donación implique la negación del amor a sí mismo porque, si lo hiciera, negaría el amor de Dios y el amor del prójimo. Es toda una provocación que trastoca y subvierte nuestras dinámicas habituales.

La crisis provocada por esta pandemia deja muchos desafíos de cuidado⁵¹: superar la visión reduccionista del ser humano como consumidor, del bienestar como acumulación material y de la economía como crecimiento ilimitado; alzar la voz para denunciar la injusticia social vinculada a los procesos de degradación del medio ambiente; optar por una vida honrada y solidaria con quienes menos tienen y con toda la creación; nutrir una espiritualidad de la sobriedad que trata de vivir bien con lo necesario (“me ha ayudado a liberarme de cosas que he comprobado con la pandemia que no me hacían falta”), sostenida por la confianza en que el cuidado del bien común es condición necesaria del bienestar personal; ejercitarse en una mirada contemplativa capaz de disfrutar de la belleza de nuestro planeta, de descubrir un “valor intrínseco” en todo lo creado y de superar la visión utilitarista y tecnocrática que domina nuestro; hacer redes con los “posaderos” que encontramos y que también apuestan por una sociedad diferente, más inclusiva y justa, más solidaria y respetuosa de todos y de todo.

⁴⁹ Francisco, “Carta encíclica *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (2020)” 17.

⁵⁰ *Ibíd.* 35.

⁵¹ Véase a Tatay, *Creer en la sostenibilidad. Las religiones ante el reto medioambiental*.

La fuerza de los testigos

“Incluso en los tiempos más sombríos tenemos el derecho a esperar cierta luz”, escribía Hanna Arendt, para quien la luz se abre paso, no tanto en teorías y palabras como en “la llama vacilante, incierta y frecuentemente débil que algunos hombres y mujeres [...] encenderán casi bajo cualquier circunstancia”⁵². En este presente, en el que se acabó *un* mundo que da culto a las certezas y a la autosuficiencia, y que da la espalda a la vulnerabilidad, en el que se va abriendo, por otra parte, *otro* mundo que desconocemos y que pide arriesgar y confiar, los *testigos de la puerta de al lado* emergen con una fuerza increíble. Esta es la huella de vida que nos deja este tiempo, recuerda el papa Francisco:

...rescatar y valorizar a tantos compañeros y compañeras de viaje que, en el miedo, reaccionaron donando la propia vida. Fuimos capaces de reconocer cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes que, a todas luces, escribieron los acontecimientos decisivos de nuestra historia compartida [...] comprendieron que nadie se salva solo.⁵³

Es tiempo oportuno para seguir cultivando esta manera de mirar y escuchar, de aproximarse a los demás, apreciando “la riqueza y la belleza de las semillas de la vida en común que hay que buscar y cultivar juntos”⁵⁴, contando con el otro diferente, incluyendo y no excluyendo, acogiendo y no abandonando, y con todos embarcarse en la *búsqueda de esa conjura creativa a favor de la vida* que lleva a *subvertir dinámicas* y construir puentes⁵⁵.

En este tiempo de pandemia, la fe en el Resucitado mueve a *desplazarse medio palmo*, a *vivir en la humildad del medio palmo*, lo que lleva a creer en la fuerza de transformación de lo cotidiano y en los pequeños pasos, que propician ámbitos de reconocimiento, inclusividad, amparo, generosidad...⁵⁶ Se trata de un “cambio intenso más que progresivo. Medio palmo de profundidad y todo sería diferente”⁵⁷. El desplazamiento recrea la mirada, aporta una perspectiva nueva, resignifica al vivir de otra manera, y compromete con el cambio.

⁵² Arendt, *Men in Dark Times*, ix.

⁵³ Francisco, “Carta encíclica *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (2020)” 54.

⁵⁴ *Ibíd.* 31.

⁵⁵ Retomo esta expresión de Arrieta, “Me has consolado y me has hablado al corazón (Rut 2,13). Acompañar en las periferias existenciales”, 87-158, que la profundiza en clave de acompañamiento.

⁵⁶ *Ibíd.*, 144.

⁵⁷ Esquirol, *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*, 153.155.

Las historias de los testigos de la fe comunican esta sabiduría. Abram se desplaza para mirar el cielo y contar si pudiera las estrellas (Gn 15,5). El signo dado le da la oportunidad de ahondar en la promesa (“creyó”) y de seguir caminando con una confianza renovada para llegar a ser un gran pueblo. Moisés se desvía de sus caminos conocidos (“*más allá* del desierto”, Ex 3,1) y descubre una zarza ardiendo. Los signos que previamente no había podido descifrar se hacen ahora claros, escucha la llamada y se vincula al proyecto liberador y salvador para su pueblo. Jesús se desplaza constantemente, llega a las otras orillas donde se encuentra con endemoniados, enfermos, extranjeros, etc. Sus continuos desplazamientos son un elemento esencial de su praxis compasiva, próxima y relacional, de la oferta del Reino para todos y todas.

Frente a una cultura globalizada caracterizada por la constante irrupción de “nuevos estímulos” en la que –por encima de todo– se aprecia la novedad y la excitación ante lo nuevo que además convierte en mercancía, esta crisis nos está dando la oportunidad de descubrir valor en *lo discreto*, *lo no excitante*, y en *lo ordinario*⁵⁸. Emergen paradojas que invitan a preguntarse e ir más allá: en lo pequeño hay grandeza, en lo repetitivo hay novedad, en la cotidianidad acontece lo *extra-ordinario*.

Se abre la oportunidad de una nueva mirada que nos humaniza y descubre caminos nuevos de compromiso con el mundo, y se redescubre la fuerza de una virtud, la paciencia, en su doble significado: por *un lado*, en ser capaces de consentir la duración y permitir la espera, superar la fugacidad del impacto para preferir la paciencia que sedimenta, como la mujer de Samaría, icono del valor del *demorarse*, a quien se le regala ser testigo y mediación de vida para sus conciudadanos (Jn 4,1-42); y por *otro*, en la paciencia como resiliencia frente a la adversidad del camino, afirmación de la esperanza que aguarda activamente una nueva creación (Rm 8). Y junto con la paciencia, la humildad y la mansedumbre que adentran en la fuerza de la suavidad del amor y en la sabiduría que encierra el posponerse, sacando de la arrogancia del siempre anteponerse ante todo y ante todos, también ante Dios.

En esta megacrisis en la que las distintas posturas llevan a enfrentamientos en el modo de gestionarla y en las acciones necesarias para salir adelante en los ámbitos sanitario, social, económico, político, destacamos la relevancia de la mansedumbre, porque abre una vía a la resolución de conflictos y a la implantación de la justicia, amando y respetando sin dañar a nadie, con la solicitud y delicadeza propia del amor. La mansedumbre capacita para el amor y no para el odio, para sanar y no herir, para restaurar y no destruir, para unir y no dividir, para fomentar la paz y no la violencia. Su valor para hoy es innegable. Las actitudes que la acreditan son la “dulzura” y la

⁵⁸ Han, *La desaparición de los rituales*, 22.

“afabilidad”, y se muestra en un modo de ser caracterizado por la “condescendencia”, la “flexibilidad”, y la “tolerancia”⁵⁹.

La mansedumbre genera inclusión, pone en primer lugar a los más vulnerables y apuesta por el bien de todos, ofrece y no impone, regala y no pone precio. El desafío de este presente es buscar el bien común, dejar atrás los individualismos y poner en alza las prioridades compartidas, la solidaridad inclusiva, que nadie se quede atrás en educación, en salud, en empleo, en vida digna.

Ser comunidades de amparo

En la cultura del “me basto a mí mismo o a mí misma”, del “no necesito a nadie”, el reconocimiento de la propia vulnerabilidad nos despierta de ese sueño: *somos interdependientes y nos necesitamos mutuamente*. La vulnerabilidad no niega nuestras fortalezas y capacidades, pero desvela otra parte que nos constituye, esa que negamos, escondemos y tratamos de olvidar. Acostumbrados a una comunicación digital donde priman las múltiples conexiones, tenemos el riesgo de relegar el ser hogar que recibe a los otros como huéspedes y hermanos/hermanas.

Todos estos meses de pandemia nos recuerdan que necesitamos ser comunidades que amparen y se ensayan con voluntad de permanencia en el respeto profundo, la atención vigilante y la generosidad; comunidades que cuidan y curan en las afueras, sobre todo cuando la vulnerabilidad ha sido vulnerada.

Una de las experiencias más fuertes de este tiempo es ser Iglesia que camina junta y se nutre de la Palabra. Se cerraron las iglesias durante mucho tiempo, pero emergió con fuerza renovada una Iglesia “hospital de campaña”, solidaria, en medio de la gente, “accidentada, herida y manchada por salir a la calle”, Iglesia eucaristía que se hacía pan partido y sangre derramada de muchas maneras: reparto de comida, confección de mascarillas (cubre-bocas), servicios espirituales en los hospitales, acompañamiento en medio del sufrimiento y en los duelos, alzar la voz en favor de la educación, de vacunas para todos, etc.

La encarnación del amor pasa por solidarizarse con el caminar dolorido de la familia humana, y por abandonar con decisión y libertad los puestos seguros y los lugares apropiados, para ir al encuentro de la humanidad herida y servirla con entrañas de misericordia. Las heridas abiertas han movilizad las energías de la Iglesia, provocándole a cambiar de *lugar*, resignificando en el hoy su misión en diálogo continuo y paciente con la realidad. Así le aconteció a Jesús en el diálogo con la mujer cananea

⁵⁹ Estévez, “La mansedumbre, un desafío para los creyentes hoy”, 103-124.

(Mt 15,21-28). El desafío para la Iglesia sigue siendo hacer suya la *imprudencia de Dios*, que se ha encarnado y ha abrazado la negatividad humana para recrearla desde dentro⁶⁰.

Nos reconocimos en una comunidad universal, enviada a “sanar” y comunicar esperanza, reconociendo el acompañamiento singular del papa Francisco, cuyas palabras y gestos se convirtieron en luces que nutrían, orientaban y alentaban al encuentro con quien es la fuente de todo amor y al compromiso solidario, en especial con quienes sufrían más.

Conclusión

Esta crisis *nos ha ceñido y nos ha llevado a donde no queríamos* (Jn 21,18). Desde esa experiencia se nos invita a iniciar *un segundo viaje* en el que las certezas cambian: ya no se trata de “ir”, como si todo dependiera de nuestras conquistas o logros, sino de “ser llevado”. Se trata de aprender una lógica diferente que no niega la colaboración a la gracia, pero pone de manifiesto una hondura diferente: “nacer de lo alto”, nacer “de agua y de espíritu” (Jn 3,3.5). “En el reverso del desconcierto aparecen los rebrotes de vida”⁶¹, y la invitación es a ir “más allá”, “más adentro”.

En estas “pasividades de disminución” (Theilard de Chardin), “Dios emerge para nosotros en forma de pregunta y oportunidad: como timón de profundidad que opera un cambio de ruta, como podadera que dirige el crecimiento, como canalizador de la savia interior”⁶². Dios interpela la propia libertad y autonomía e invita a asumir responsablemente un camino de purificación y conversión, al mismo tiempo, que su Espíritu suscita *nuevos espacios de creatividad y cocreación*, al ver y escuchar el dolor de quienes sufren, de los empobrecidos y el grito de nuestro planeta enfermo.

Se nos invita a *habitar las afueras*, habitar la vulnerabilidad y la intemperie, esa que hemos redescubierto como nuestra condición –aunque nos empeñáramos en negarla–, y hacerlo consolando, cuidando, amparando, al estilo del Hijo que “se hizo carne (*sarx*)” (Jn 1,14), con la certeza de que su amor nos precede. También se nos llama a *habitar las afueras de las afueras*, cuando la vulnerabilidad es vulnerada, resistiendo al mal y consintiendo en “bajar a los infiernos”, allí donde tantos hombres y mujeres sienten con angustia la ausencia total del amor o creen que el mal es irreversible, y ser mediación de la presencia amorosa, fiel y compasiva de Dios.

⁶⁰ Von Balthasar, *Teodramática. La acción*, 303-304.

⁶¹ Arrieta, “La vida: punto de encuentro entre psicología y espiritualidad”, 315-335.

⁶² García, “*Ordenar la vida*. Lectura e interpretación del dolor desde los Ejercicios Espirituales”, 357.

Referencias

- Alberz, Rainer. *Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento*. Vol. 2. *Desde el exilio hasta la época de los Macabeos*. Madrid: Trotta, 1999.
- Aparicio, Ángel. “Lectura espiritual del Salmo 23. Yahveh, pastor y anfitrión”. En *Biblia, literatura e Iglesia*, editado por Félix García y Ángel Galindo, 297-316. Salamanca: Universidad Pontificia Salamanca, 1995.
- Arendt, Hannah. *Men in Dark Times*. New York (NY): Harcourt, Brace & World, 1968.
- Arrieta, Lola. “La vida: punto de encuentro entre psicología y espiritualidad”. *Confer* 45 (2006): 315-335.
- _____. “Me has consolado y me has hablado al corazón (Ruth 2,13). Acompañar en las periferias existenciales”. En *Acompañar las periferias existenciales. I Círculos de Encuentro Marisa Moresco*, editado por Elisa Estévez y Lola Arrieta, 87-158. Madrid: Narcea, 2020.
- Benedicto XVI. “Carta encíclica *Spe salvi* sobre la esperanza cristiana”. *Vatican*, http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20071130_spe-salvi.html (consultado el 15 de diciembre de 2020).
- Conferencia Episcopal Española (confirmada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos). “Misal romano” (3.a ed. típica latina, 2016). *Iglesiaactualidad*, <https://iglesiaactualidad.wordpress.com/liturgia/misal-romano-tercera-edicion> (consultado el 2 de diciembre de 2020).
- Costacurta, Bruna. *La vita minacciata. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica*. Roma: Pontificio Istituto Bíblico, 1988.
- Esquirol, Josep Maria. *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*. Barcelona: Acantilado, 2018.
- Estévez, Elisa. *Mediadoras de sanación. Encuentros entre Jesús y las mujeres: una nueva mirada*. Madrid: San Pablo-Comillas, 2008.
- _____. “La mansedumbre, un desafío para los creyentes hoy”. En *Una extraordinaria singularidad. Itinerarios de espiritualidad laical en Pedro Poveda*, coordinado por E. Estévez, 103-124. Madrid: Narcea, 2019.
- _____. “Mirar el mundo con los ojos de Dios. Cristianos contemplativos”. *Nova et Vetera* 90 (2020): 7-45.

- Francisco. “Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (2013)”. *Vatican*, http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html (consultado el 2 de diciembre de 2020)
- _____. “Bendición *Urbi et orbi*. Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia (27 de marzo de 2020)”. *Vatican*, http://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco_20200327_omelia-epidemia.html (consultado el 2 de diciembre de 2020).
- _____. “Carta encíclica *Fratelli tutti* sobre la fraternidad y la amistad social (2020)”. *Vatican*, http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html (consultado el 15 de diciembre de 2020)
- García, José Antonio. “*Ordenar la vida*. Lectura e interpretación del dolor desde los Ejercicio Espirituales”. *Manresa* 69 (1997): 349-358.
- _____. *Ventanas que dan a Dios. Experiencia humana y ejercicio espiritual*. Santander: Sal Terrae, 2011.
- González de Cardedal. Olegario. *Raíz de esperanza*. Salamanca: Sígueme, 1995.
- Gutiérrez, Gustavo. *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*. Salamanca: Sígueme, 2003.
- Han, Byung-Chul. *La desaparición de los rituales*. Barcelona: Herder, 2020.
- Innerarity, Daniel. *Pandemocracia. Una filosofía de la crisis del coronavirus*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2020.
- Kasper, Walter. “El coronavirus como interrupción: suspensión y salida”. En *Dios en la pandemia*, editado por Walter Kasper y George Austin, 13-33. Santander: Sal Terrae, 2020.
- Lipovetski, Guilles. *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- Luisier, Guy. *Historias de una posada. Cartas al señor samaritano*. Madrid: PPC, 2016.
- Lyonnet, Stanislas. “La perfección del cristiano ‘animado por el Espíritu’ y su acción en el mundo según San Pablo”. En *La vida según el Espíritu*, editado por Ignace de la Potterie y Stanislas Lyonnet, 225-248. Salamanca: Sígueme, 1967.

- Martínez-Gayol, Nurya. *Esperar por otros... El desafío de esperar por los desesperanzados*. Vitoria: Frontera Hegian, 2013.
- Martínez, Julio. *La cultura del encuentro. Desafío e interpelación para Europa*. Santander: Sal Terrae, 2017.
- Moltmann, Jürgen. *El Dios crucificado*. Salamanca: Sígueme, 1975.
- Morin, Edgar. *Cambiamos de vía. Lecciones de la pandemia*. Barcelona: Paidós, 2020.
- Muller-Colard, Marion. *La intranquilidad*, Barcelona: Fragmenta, 2020.
- Nietzsche, Friedrich. *El ocaso de los ídolos*. Madrid: Marte: 1988.
- Pacot, Simone. *Evangelizar lo profundo del corazón. Aceptar los límites y curar las heridas*. Madrid: Narcea, 2017.
- Ruiz Bueno, Daniel (ed., introducción y notas). *Padres apostólicos*. Edición bilingüe completa. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1985.
- Tatay, Jaime. *Creer en la sostenibilidad. Las religiones ante el reto medioambiental*. Barcelona: Cristianisme i Justícia, 2019.
- Tubino, Fidel. “Entre el multiculturalismo y la interculturalidad: más allá de la discriminación positiva”. En *Interculturalidad y Política. Desafíos y posibilidades*, editado por N. Fuller, 51-76. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2002.
- Von Balthasar, Hans Urs. *Teodramática. La acción*. Vol. IV. Madrid: Encuentro, 1995.
- _____. *Solo el amor es digno de fe*. Salamanca: Sígueme, 2004.
- Zambrano, María. *El pensamiento vivo de Séneca*. Madrid: Cátedra, 1987.